

Roma, a 6 de diciembre de 1974

Querido Miguel:

Acaba de llegar a mis manos el ya del 24 de noviembre con la terrible noticia de tu desgracia. Cada vez que tengo noticia de un golpe semejante, trato de buscar una causa que justifique la decisión divina. En este caso me es imposible encontrarla. En las dos veces que he visto a tu pobre mujer, nada vi en ella que no fuese salud cordial y plenitud de vida; no deja pues de ser absurdo que una persona <sup>así</sup> se me amebate. Ya sé que vivimos de precario, pero queremos ser felices a toda costa sin pensar que estamos expuestos a los ademanes de Dios, para nosotros palos de ciego. Luego, si la dicha del uno tiene que ver con la dicha del prójimo, ¿qué mella no dejará en nosotros su desdicha? ¿Qué mella, qué advertencia?

MD

No puedo imaginarte sin ella, ya que con ella  
al lado estabas, como digo, las veces que te he visto,  
en Salamanca y en Roma. Alina te pide a  
Dios que ya basta de rigores y que ya que te ha  
prestado la compañía de su cuerpo, te deje al  
menos la de su alma. ¡Qué mejor consuelo ni  
amparo que sentirle a tu vera! Que lo mismo  
que he vivido para ti en su vida, siga viviendo  
para ti, si Dios es grande y misericordioso, desde  
la muerte, desde la vida eterna.

Un abrazo y fuerte,

Agustín